



Escenarios postbélicos en Ucrania

Estrategias confrontadas.

La injustificable agresión de Vladímir Putin contra Ucrania refleja, en el fondo, la debilidad actual del Estado ruso necesitado de Imperio para resurgir, al margen de que al autócrata ruso le resulte insoportable la existencia de aquel país como nación independiente y, encima, pro occidental. Algunos analistas han considerado que la intención de Putin no era la de una guerra relámpago, pero si esto fuera cierto no se entiende ni el relativamente bajo número de efectivos militares movilizados, ni el hecho de abrir tantos frentes a la vez. Si se hubiera concentrado exclusivamente en el Donbás desde el primer momento, ya lo tendría completo en sus manos. En realidad, Putin ha ido reformulando sus objetivos en función de los avatares bélicos y, más allá de su insufrible y grotesca retórica sobre la “desmilitarización” y la “desnazificación” de Ucrania, ahora no tendrá más remedio que centrar todos sus esfuerzos militares en consolidar sus posiciones en el 20 % del territorio que le ha arrebatado a ese país, desde Crimea hasta el Donbás. Por “desmilitarización” Putin entiende convertir a la Ucrania recortada en un Estado tampón

irrelevante y permanentemente fuera de la OTAN (este segundo objetivo de hecho lo ha conseguido) y la “desnazificación” equivale a “desucrainizar” los territorios ilegalmente anexionados (Crimea, Jersón, Zaporíyia, Lugansk y Donetsk).

Desde la invasión, Rusia ha desplegado el 85% de su poder militar y solo ha conseguido apoderarse tras casi un año de guerra del 15% de Ucrania (Crimea excluida, ocupada en 2014), pese al enorme esfuerzo de medios y soldados empleados. Por tanto, el curso de la guerra muestra las serias deficiencias y las debilidades del Ejército ruso, algo que podría erosionar a medio plazo la posición de Putin. Dado el tan mediocre rendimiento militar ruso- explicable tanto por el hecho de que su Ejército está insuficientemente modernizado y por la escasa motivación de sus tropas, como por el decisivo apoyo de la OTAN a Ucrania con armamento muy sofisticado, lo que implica para Rusia no poder avanzar mucho más- no es casual que Putin haya reorientado su estrategia en dos sentidos: 1) consolidar lo conquistado y atrincherarse en ese espacio y 2) destruir todas las infraestructuras ucranianas que pueda con misiles y drones. Se trata de arrasar fábricas, centrales eléctricas, conducciones de gas, carreteras, puentes, vías férreas y aeropuertos para hacer la vida imposible a la población civil. Esta estrategia es mucho menos arriesgada para las



tropas rusas y con ella Putin espera doblegar la resistencia ucraniana de tal suerte que la mayoría de la población le pida al Presidente Volodímir Zelenski que negocie cuanto antes un armisticio permanente.

No deja de ser un tanto sorprendente que, con una economía en declive y con fuertes sanciones (aunque solo han tenido eficacia real en el 34% de los casos) Rusia pueda seguir financiando la guerra, algo posible gracias a las compras de petróleo y gas por parte de China y la India. No obstante, se trata de apoyos circunstanciales pues estos dos países tienen sus propias agendas internacionales y no son aliados incondicionales de Rusia que, por lo demás, no le suministran armamento (sólo Irán lo hace, aunque sus drones son de mediocre calidad).

Por tanto, uno de los principales problemas de Putin es el de carecer de fuertes aliados incondicionales toda vez que Bielorrusia es muy poco relevante al respecto. De momento, el régimen de Putin no parece peligrar gracias al férreo control de los aparatos de seguridad del Estado y, más en particular, del Servicio Federal de Protección (50.000 agentes leales), una especie de “guardia pretoriana” personal (claro que el referente remoto del Imperio romano debería hacerle reflexionar pues varios emperadores fueron depuestos y asesinados por los pretorianos).

La guerra de Ucrania está presenciando un enfrentamiento entre los Estados Unidos de América y la Unión Europea, por un lado, y Rusia con China detrás no sin reservas, por otro, mientras que en el Sur global este conflicto es visto, en general, como algo ajeno a sus intereses. En el caso europeo es cierto que está

contribuyendo a reforzar la integración pese al fuerte obstáculo que representa la Hungría iliberal y pro Putin de Viktor Orbán- y la previsible próxima ampliación de la OTAN con el ingreso de Finlandia y Suecia- siempre que el turco Recep Tayyip Erdoğan acabe cediendo- hará que solo cuatro países comunitarios queden fuera de esa organización (Austria, Chipre, Irlanda y Malta). Si la OTAN dejara de ayudar a Ucrania la derrota de ese país estaría asegurada en muy poco tiempo, lo que representaría un triunfo monumental para una agresión imperialista y, en este sentido, si se impusiera la errónea equidistancia de Jean-Luc Mélenchon, por ejemplo, ello no haría más que envalentonar a Putin que, más adelante, podría amenazar a Moldavia y Georgia.

En este sentido, el híper pacifismo de cierta izquierda radical comete dos serios errores: 1) *equiparar* Rusia y la OTAN y 2) pedir que cese al apoyo militar a Ucrania para no prolongar el sufrimiento de la población civil. El prejuicio ideológico anti-OTAN impide a parte de la izquierda radical ver a Putin como lo que realmente es, un autócrata reaccionario. Es evidente que la OTAN tiene su propia agenda y sus intereses estratégicos, pero debe quedar claro que en esta guerra el agresor es *exclusivamente* Rusia y que aquella, por mucho que subrogue en Ucrania su política de acoso a Putin, no es más que un eventual responsable mucho menor y, hoy por hoy, *excusable* por defender a un país agredido.

Escenarios hipotéticos

Tras cerca de once meses de guerra puede especularse sobre algunos supuestos escenarios posbélicos del siguiente tenor: 1)

sorpresivamente Rusia consigue recuperar la iniciativa militar y, tras imparable ofensivas, derrota a Ucrania. Zelenski se ve forzado a dimitir y un nuevo gobierno ucraniano negocia con Rusia y le cede el 15% conquistado. Se trata de un escenario muy altamente improbable pues ni el Ejército ruso está en condiciones de revertir de ese modo la guerra, ni la OTAN abandonará a Ucrania, a la vez que Zelenski se ha convertido en un héroe nacional intocable; 2) Ucrania derrota en toda regla a Rusia y le obliga a retirarse de los territorios conquistados, con la eventual excepción de Crimea, lo que acaba provocando la caída de Putin. Se trata asimismo de un escenario muy improbable pues el Ejército ucraniano no tiene tanta fuerza como para expulsar a las tropas rusas de los territorios ocupados y aunque muy difícil no sería imposible que se produjera un golpe de palacio contra Putin; 3) Putin, acorralado, decide recurrir al arma nuclear táctica para forzar como sea una negociación o incluso la claudicación de Ucrania. Es asimismo muy altamente improbable ya que no es nada evidente que toda la cúpula del poder ruso acepte eso y la respuesta de la OTAN (no de tipo nuclear) sería devastadora: el general David Petraeus anunció que si eso ocurriese, la OTAN destruiría completamente la Armada rusa del Mar Negro y todas las bases militares en los territorios ocupados. Además, el arma nuclear no es muy útil en términos de objetivos militares, sería objetivamente insensato recurrir a ella y, además, ni aún así es seguro que Ucrania se rindiera; 4) estancamiento de la guerra con un frente más o menos estable y combates de baja intensidad o muy localizados, es decir, larga fase de desgaste. Este escenario es el más probable y puede durar mucho tiempo, aunque acabará agotando a los dos contendientes que, dado el alto coste humano, militar y económico de esta situación, no tendrán más remedio al final que negociar un armisticio. Esta hipótesis implicaría la partición fáctica del país y supondría dar paso a una situación similar a la de las dos Coreas: un armisticio indefinido sin Tratado de paz.

Lo cierto es que la guerra se ha convertido en un atolladero para Putin del que no sabe cómo salir, de ahí que, por primera vez, haya ofrecido una vaga “negociación” o una falsa tregua temporal navideña, síntomas de sus dificultades, si bien Zelenski no está por la labor puesto que está convencido de que Ucrania podrá seguir recuperando territorios ocupados en los próximos meses.

Algunos analistas han especulado con la posibilidad de que Putin extienda la guerra a otros países y han trazado esquemáticos paralelismos con 1914. Se trata de una percepción poco realista puesto que si bien la extensión de la guerra podría ser una huida hacia adelante y una tentación ante las dificultades de las tropas rusas, son mucho mayores a medio plazo los inconvenientes. Si Rusia no puede derrotar a Ucrania abrir nuevos frentes (¿Moldavia? ¿Georgia?) sería suicida y, dígame lo que se quiera, Putin sabe que ni debe ni puede atacar a un país de la OTAN. En consecuencia, la extensión de la guerra a Estados vecinos es una hipótesis prácticamente descartable. Sin duda, llegará el momento de las negociaciones, pero Putin necesitará poder ofrecer algún tipo de “victoria” en su “operación militar especial”, de acuerdo con su ridícula jerga, y ese es el problema: el autócrata ruso no es fiable y cualquier acuerdo que firme podrá ser roto en cuanto pueda. De un lado, falta tiempo para abrir un escenario de verdadera negociación global (sólo han sido posibles acuerdos parciales sobre intercambio de prisioneros, exportación de grano ucraniano y, con muchas dificultades, preservación de la seguridad de la central nuclear de Zaporíyia), y de otro, Putin sólo cederá cuando el desgaste de

su Ejército sea de tal magnitud que no tenga más remedio que abrir conversaciones para un armisticio. Por eso tiene sentido la estrategia de la OTAN de reforzar progresivamente la capacidad defensiva del Ejército ucraniano de tal modo que el castigo infligido a las tropas rusas sea tan disuasorio que les obligue a replegarse: es decir, se trata de situar a Rusia en las peores condiciones militares posibles antes de abrir las negociaciones y así, desde una posición de fuerza o al menos de relativo equilibrio, conseguir que en mucho tiempo no estén en condiciones de emprender nuevas aventuras imperiales.

Desde luego, para el fin de la guerra ayudaría extraordinariamente la movilización del pueblo ruso contrario a aquella, pero no es nada fácil: el fuerte autoritarismo del régimen, la manipulación propagandística híper nacionalista y la debilidad de la sociedad civil explican la tendencial pasividad de los ciudadanos rusos. No obstante, se han dado síntomas de resistencia: numerosos encarcelados, huidos para evitar ser reclutados e incidentes en oficinas de reclutamiento muestran que no hay un apoyo entusiasta y masivo a la guerra de Putin. Las actitudes generalizadas en la mayoría de la población rusa son el escepticismo y la desconfianza y esto se refleja asimismo en el deficiente desempeño militar de los reclutas movilizados puesto que en su gran mayoría no están motivados. En todo caso, contra más dure la guerra- y la actual situación de empate técnico y empantanamiento así permite deducirlo- más posibilidades habrá de que aumente el rechazo cívico en Rusia.

No se puede concluir sin reconocer que cuando este horror termine Ucrania también tendrá que hacer una profunda autocrítica: este país no aprovechó en absoluto el período 1991-2014 para construir un Estado realmente democrático y los sucesivos gobiernos han sido todos corruptos, clientelares y clánicos. En plena guerra no es factible pedirle a Ucrania cambios en profundidad, pero

es evidente que tras la misma deberá darse paso a una genuina democratización (en ese país la “revolución naranja” nunca pasó de la retórica a la práctica) que, entre otros factores, arrincone el hiper nacionalismo étnico- que en la guerra tiende a exacerbarse- y erradique la corrupción y el restode lacras e inercias del pasado. Aunque Rusia y Ucrania se están confrontando con una alta carga ideológica ultranacionalista, lo cierto es que el reparto de responsabilidades está manifiestamente desequilibrado ya que esta guerra es un ejemplo de manual de un país agredido de manera unilateral injustificable que tiene pleno derecho a defenderse y esta consideración está por encima de cualquier otra a la hora de evaluar el conflicto.

En definitiva, no parece posible una victoria *total* de ninguno de los dos contendientes, de ahí que- cuando se abran las negociaciones tras una larga fase de guerra de desgaste mutuo- las claves más complicadas serán no solo las territoriales (esto se da por descontado), sino especialmente las de seguridad de los dos Estados y en esta dimensión la OTAN también tendrá que contribuir a garantizar eventuales acuerdos, pero se está lejos aún de este escenario.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera

Catedrático Emérito de Ciencia Política

Universidad de Barcelona

Fuentes de referencia:

- P. B F. Aldecoa y L.N. González: La Unión Europea frente a la agresión de Ucrania, La Catarata, Madrid, 2022.
- A. Aslund: “Rusia deja de ser una potencia regional”, en “Desorden Mundial”, Dossier La Vanguardia, 86, enero-marzo 2023.
- P. D’Anieri: Ukraine and Russia: From Civilized Divorce to Uncivil War, Cambridge University Press, Cambridge, 2019.
- C. Clément: “¿Por qué la retórica sobre las inclinaciones autoritarias de los rusos y la no resistencia a la guerra está fuera de lugar?”, Sin Permiso, 30 de diciembre 2022.
- C. Colomina: “Europa, campo de batalla. Rusia y China ponen a prueba el papel global de la UE”, en “Desorden Mundial”, op. cit., 2023.
- Y. Felshtinsky y M. Stanchev: Ucrania: la primera batalla de la Tercera Guerra Mundial, Ed. Deusto, Barcelona, 2022.
- A. Negri: “Problemas con el cuento de la ‘victoria total’”, Sin Permiso, 8 de enero 2023.
- Varios: “Tutto un altro mondo” (monográfico), Limes. Rivista Italiana di Geopolitica, 10, 2022.
- F. Veiga: Ucrania 22. La guerra programada, Alianza, Madrid, 2022

Publicado por



**Asociación para las
Naciones Unidas
en España**
United Nations Association of Spain

Con el apoyo de



**Generalitat
de Catalunya**

ANUE no hace necesariamente como suyas las opiniones expresadas por sus colaboradores.